



100% SOSTENIBLE  
100% RESPONSABLES  
100% COMPROMETIDOS

## ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO<sub>2</sub> por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros por kilo de papel.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m<sup>2</sup> de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería con una de las flotas eléctricas más importantes de España (no es perfecto, lo sabemos, pero supone un primer ahorro de emisiones). Además, el 100% del personal es contratado y cobra un sueldo fijo, no por entregas (algo fundamental para garantizar formas de conducción más seguras para los trabajadores y más sostenibles para el planeta).



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a [info@erratanaturae.com](mailto:info@erratanaturae.com).

# EL MISTERIO ÚLTIMO

EN BUSCA DE LA INTELIGENCIA DE LA NATURALEZA  
GUIADO POR CIENTÍFICOS Y CHAMANES

JEREMY NARBY

TRADUCCIÓN DE SILVIA MORENO PARRADO



errata naturae

*Para Beatrice*

«La naturaleza gusta de ocultarse».

HERÁCLITO

PRIMERA EDICIÓN: abril de 2023  
TÍTULO ORIGINAL: *Intelligence in Nature*

© Jeremy Narby, 2006  
© de la traducción, Silvia Moreno Parrado, 2023  
© Errata naturae editores, 2023  
C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25  
28012 Madrid  
info@erratanaturae.com  
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-19158-14-7  
DEPÓSITO LEGAL: M-8802-2023  
CÓDIGO IBIC: DN  
IMAGEN DE PORTADA: Michelle Machara, 2023  
MAQUETACIÓN: A. S.  
IMPRESIÓN: Kadmos  
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,  
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

## NOTA DEL AUTOR

Este libro es, en cierto modo, dos libros, o puede leerse por dos caminos. Por un lado, se presenta el texto principal, dividido en once capítulos que pueden leerse de manera continua e independiente. Por otro lado, tenemos las notas finales, que cuentan su propia historia a modo de escolios o brevísimos ensayos que amplían un determinado tema o abren un camino paralelo de reflexión. Cada lector, a tenor de sus intereses, puede decidir si recorre o no esas sendas menores.

INTRODUCCIÓN.  
EN BUSCA DE LA INTELIGENCIA  
EN LA NATURALEZA

He pasado los últimos quince años de mi vida tratando de ayudar a los pueblos indígenas de la Amazonia a obtener derechos sobre sus tierras. Estos son pueblos que creen que las plantas y los animales tienen intenciones y que los chamanes pueden comunicarse con todas esas especies a través de sueños y visiones. Esta forma de acceder al conocimiento les resulta difícil de entender a los racionalistas.

Hace más de una década, empecé a investigar bases comunes entre los saberes indígenas y la ciencia occidental, y terminé encontrando vínculos entre el chamanismo y la biología molecular. En mi libro *La serpiente cósmica*, planteé la hipótesis de que los chamanes son capaces de «hacer descender» su conciencia hasta el nivel molecular y así consiguen acceder, en sus visiones, a información

relacionada con el ADN, al que denominan «esencias animadas» o «espíritus».

En la Amazonia, los jefes indígenas y los chamanes manifestaron un amplio interés y apoyo a este planteamiento. Para ellos no era ninguna novedad que su conocimiento fuera real y verídico.

Pero, en la otra parte de la ecuación, la cosa estuvo más complicada. A la ciencia occidental le cuesta aceptar la posibilidad de que existan tanto la inteligencia no humana como la adquisición subjetiva de conocimiento objetivo. Desde su publicación original, en 1995, *La serpiente cósmica* no ha recibido de parte de los científicos la atención que me habría gustado. Sin embargo, algunos biólogos lo leyeron con interés y entablaron un fructífero diálogo conmigo sobre estas cuestiones. Un biofísico me retó a poner a prueba la hipótesis, diciendo que ese era el verdadero método científico<sup>1</sup>.

Algo de razón tenía. Soy antropólogo, no científico, y nunca había puesto a prueba una hipótesis. Decidí asumir el reto. Para comprobar la hipótesis, acompañé a tres biólogos moleculares a la Amazonia peruana para ver si podían obtener información biomolecular ingiriendo una decocción de plantas psicoactivas suministrada por un chamán indígena. En el mundo de las visiones, los tres recibieron respuestas claras sobre su trabajo<sup>2</sup>.

Una de estos biólogos moleculares, la doctora Pia Malnoë, profesora en la Universidad de Ginebra y directora de un laboratorio científico, llegó a la siguiente conclusión: «La forma que tienen los chamanes de obtener

conocimiento no difiere mucho de la de los científicos. Tiene el mismo origen, aunque unos y otros utilizan métodos distintos».

Publiqué una descripción detallada de este encuentro entre rutas paralelas del saber humano y, al final, me di cuenta de que me había quedado atrapado en la búsqueda de la aprobación de la comunidad científica «autorizada». Así pues, decidí cambiar la orientación de mis pesquisas.

Había una cuestión que parecía más importante que cualquier otra. Indagando en la historia, la mitología, el conocimiento indígena y la ciencia, había hallado pistas sólidas que apuntaban a la existencia de inteligencia general en la naturaleza. Todo ello conformaba una nueva forma de observar a los seres vivos. Yo me había criado en un barrio residencial y había recibido una educación materialista y racionalista: una cosmovisión que niega que en la naturaleza haya intención y que considera a los seres vivos «autómatas» y «máquinas». Pero cada vez encontraba más evidencias de que esto no es así y de que la naturaleza rebosa inteligencia. Hasta las células de nuestro propio cuerpo parecen albergar un enjambre de actividad deliberada.

Hacia finales de la década de 1990, empecé a fijarme en el trabajo de biólogos que estudian organismos en lugar de moléculas. Para mi sorpresa, encontré varios estudios recientes que probaban que incluso las criaturas más simples actúan con inteligencia. En la actualidad, hay científicos que han podido demostrar que los mohos mucilaginosos, seres unicelulares y sin cerebro, pueden encontrar

la salida de un laberinto, y que las abejas, cuyo cerebro tiene el tamaño de una cabeza de alfiler, son capaces de manejar conceptos abstractos. El filósofo John Locke afirmó en el siglo XVII: «Las bestias no hacen abstracción». Pero, en realidad, sí manejan y hacen uso de la abstracción, como ha demostrado hace poco la ciencia reduccionista. Yo he conocido incluso a científicos que hoy en día sostienen que a nosotros, como humanos, solo nos es posible entender a otros seres vivos atribuyéndoles cierta humanidad. Eso es lo que llevan diciendo desde siempre los chamanes.

Todo esto me llevó a iniciar una investigación sobre el tema de la «inteligencia en la naturaleza», desde una aproximación que surge de la combinación de ciencia y conocimientos indígenas. Más tarde descubriría que los investigadores japoneses ya tienen un término para esta «sapiencia» del mundo natural: *chi-sei*. Pero mi investigación iba a empezar en el Amazonas, el lugar donde había conocido, por primera vez, a pueblos que atribuyen espíritus, intenciones y «humanidad» a otras especies. A continuación, pretendía hacer un estudio antropológico de este ámbito de la ciencia y visitar a científicos en su ambiente de trabajo.

Emprendí la búsqueda sin saber qué iba a encontrarme. Salí a la caza de tesoros cuyo paradero desconocía.

Un día de verano, justo antes de empezar esta investigación, fui a ver a una anciana curandera que vivía en una remota granja de Estonia. Se llamaba Laine Roht, que en estonio significa «hierba ondulada».

Me la presentó la traductora al estonio de mi anterior libro. Roht nos llevó hasta un pequeño cobertizo situado al fondo de su jardín, que contenía una rudimentaria chimenea decorada con botellas de champán ruso vacías. Roht solo hablaba estonio.

Le conté que era antropólogo y que quería hacerle unas preguntas, a lo que ella accedió con un gesto de la cabeza. Se sentó en un banco con la espalda muy recta y las dos manos juntas sobre el regazo. Empecé pidiéndole que me contara cómo había llegado a ser curandera. Dijo que su tío abuelo era curandero y que ella nació con ese don. Dijo que las plantas le hablaban y le indicaban cuándo son más potentes y cuándo recogerlas; a veces, esto ocurría de noche, mientras estaba descansando; recibía instrucciones, se levantaba e iba en busca de las plantas que se le acababan de indicar. La información que recibía siempre era acertada, afirmó. Y, cuando la gente le contaba sus enfermedades, ella las sentía en su propio cuerpo, que hacía de espejo. Luego, cuando averiguaba qué plantas podían curar ese mal, notaba alivio en la parte de su cuerpo que había manifestado empatía con la persona enferma. No entró en detalles sobre cómo recibía las instrucciones de las plantas ni sobre ellas.

Las afirmaciones de Roht me recordaron a las de algunos chamanes amazónicos que había conocido. Decidí ir al grano y le pedí que me hablara de la inteligencia en la naturaleza. Sacudió la cabeza y dijo:

—Nadie me ha preguntado eso nunca. Es difícil penetrar en la naturaleza. No tengo palabras para expresarlo.

Nunca las habrá. Nadie sabrá nunca cómo están hechas las plantas y los humanos, ni qué será de ellos. Será siempre un secreto.

Me resultaba difícil sostenerle la mirada, de un color azul muy pálido. Cuando hablaba, solo era capaz de escuchar la melodía de su voz. El estonio no es una lengua indoeuropea y me costaba descifrar siquiera alguna palabra. Cuando ella hacía una pausa, yo escuchaba la traducción y anotaba, palabra por palabra, lo que había dicho. *See jääb saladuseks*. «Será siempre un secreto». La palabra *saladus* significa «secreto».

Le pregunté por qué a la naturaleza le gusta esconderse.

—Si revelamos los secretos de la naturaleza, sufriremos un castigo —respondió—. No hay que saberlo todo. Hay que usar adecuadamente el conocimiento, curar a la gente y tratarla bien. Los secretos pueden caer en manos de las personas equivocadas.

La respuesta me quitó las ganas de seguir insistiendo.

Nos dio una vuelta por su jardín y nos señaló las plantas que usaba para curar distintos males. Nuestro encuentro llegaba a su fin. Quise darle las gracias por su tiempo y amabilidad y fui al coche en busca de un ejemplar de mi libro en estonio. El libro tiene una serpiente en la cubierta. Lo aceptó con las dos manos, miró la cubierta y dijo:

—Tengo algo para ti.

La seguimos hasta la casa y esperamos fuera. Volvió al poco con un frasco grande de cristal que contenía alcohol destilado a partir de las frutas de su jardín y una víbora muerta. Explicó que había cazado a la víbora en el jardín,

varios meses atrás, y que la había echado en alcohol mientras aún estaba viva. Al morir, la serpiente expulsó su veneno en la mezcla, lo que, según dijo, nos daría vitalidad y nos protegería de las enfermedades. Llenó de medicina de serpiente un vasito y me lo ofreció. Me lo bebí de un trago en nombre de la antropología. No estaba tan malo. El primer efecto fue un cálido cosquilleo y una sensación difusa de bienestar que no parecía tener mucho que ver con la pequeña cantidad de alcohol que me había servido.

Se lo agradecemos de nuevo y emprendimos el viaje de regreso. Fui conduciendo en estado de gracia y, durante las semanas que siguieron, me sentí resplandeciente y lleno de energía. Ya de vuelta en Suiza, la gente cercana me decía lo bien que me veía. Al contar esta anécdota, no pretendo convencer a nadie de la eficacia de esa destilación concreta de «aceite de serpiente» (si bien sería interesante investigar más, aunque solo sea porque los venenos de serpiente suelen contener sustancias que actúan sobre las neuronas). Lo que de verdad se me quedó grabado en la mente fueron las palabras de Laine Roht. «Será siempre un secreto». ¿Significaba que no debía investigar sobre la inteligencia en la naturaleza?

Pasé meses dándoles vueltas a esas palabras. No quería asaltar el cofre de los secretos de la naturaleza, pero sí encontrarlo y estudiarlo desde distintos ángulos. Viajé a la Amazonia y me reuní con diversos pueblos indígenas, y luego visité laboratorios científicos de distintos países. Descubrí que, en ciertos aspectos, la ciencia está acercándose al conocimiento indígena. Ha demostrado, por

ejemplo, que los humanos estamos plenamente emparentados con otras especies. Estamos conformados como ellas y tenemos cerebros similares. También ha demostrado que otras especies son inteligentes a su manera. Aun así, las palabras de Laine Roht seguían resonándome en la cabeza. ¿Estaba actuando mal? ¿Mi investigación estaba condenada al fracaso?

Más o menos un año y medio después de visitar a Laine Roht, caí en la cuenta de que, si algo está destinado a permanecer en secreto, no hay ningún problema en tratar de descifrarlo. Quizá Laine Roht tuviera razón y nadie llegue a entender nunca cómo están hechas las plantas y las personas. Pero no es ningún delito intentar saber cómo hace la naturaleza para saber. Es cierto que se puede hacer un mal uso del conocimiento. Pero, si la naturaleza tiene conocimiento y yo soy parte de la naturaleza, ¿por qué no he de aspirar al conocimiento?

Un día de septiembre de 2001, me subí a una canoa que manejaba un nativo machiguenga y empezamos a descender el río Urubamba. Nos abrimos paso por gargantas llenas de loros y otras aves de vivos colores. Las selvas y ríos de esta parte de la Amazonia peruana contienen más especies de árboles, insectos, reptiles, anfibios, aves y mamíferos que cualquier otra región del mundo de tamaño similar. Nos adentrábamos en el epicentro de la biodiversidad mundial<sup>3</sup>.

Al caer la noche, acampamos en una playita de la ribera. Viajaba con un antropólogo peruano, el director de una fundación estadounidense de protección del medio ambiente y dos amigos suizos. Íbamos a inspeccionar un proyecto gestionado por una comunidad machiguenga de la zona. Mis acompañantes se retiraron pronto, tras una